

Son muy bravos negros que se han distinguido muchas veces en hechos de armas famosos, teniendo en su hoja de servicios hazañas dignas de Mazagrán y de Sidi-Brahim.

De carácter menos disciplinado que el anamita, el negro es un niño grande, que tiene entre sus caprichos una verdadera bravura. El senegalés reclama por todo y por nada y formula sus pueriles reclamaciones con seriedad verdaderamente cómica.

Pero, sobre todo, tiene un apego afectuoso á su rojo albornoz, que no le arrancarían ni á tres tirones: el albornoz hace de él el gran señor del país, el jinete de gran tienda, ante el cual se inclina la gente con un respeto mezclado de espanto.

En el palacio central de las Colonias no hay más que seis spahis: cuatro soldados, un cabo y un sargento, que se llama Samba M'Diaya. Uno de los soldados que tiene el mismo nombre que él, está muy condecorado, va á tomar el retiro á su regreso, porque el viejo y heroico negro, cubierto de heridas, no puede montar á caballo desde 1886.

Los tiradores sakalavos son de formación muy reciente. Cuando los howas procedentes de Malasia invadieron el país de Madagascar apoderándose de las altas planicies, rechazaron á los negros á las tierras bajas, sin dejarles más que la parte ingrata é insalubre del país. De aquí el inveterado odio entre el sakalavo y el howa, que ha echado en nuestros brazos á todos los sakalavos, vigorosos negros con cuya fidelidad puede contarse, y que en el porvenir formarán para nosotros un contingente tanto más útil y fuerte, cuanto más protegido se sienta.

Los tiradores sakalavos forman una compañía y están acampados en *Diego-Suárez*. reclutándose sobre todo en Mayotte. Su uniforme, bastante parecido al de nuestros móviles, se compone de una especie de blusa ó saco de franela azul con cuello y vivos rojos, de un pantalón de la misma tela y un casquete blanco, bajo el cual aparece su cara lustrosa, casquete de la misma forma que el del ejército inglés.

De diez y ocho á veintiún años, son todos voluntarios y solteros, disfrutando un haber de cincuenta céntimos diarios, lo que no es poco para el país. Tienen el mismo carácter que la raza negra, á la cual pertenecen, y son maulas, trapaceros, ladrones, indisciplinados; pero muy vigorosos y sufridos para la fatiga. Necesitan absolutamente ser gobernados por oficiales tan inflexibles como inteligentes.

Su destacamento se compone de ocho hombres y un cabo, y todos pertenecen á la secta de los fetiches.

Los cipayos son esos pseudo-zuavos, vestidos de lienzo ó de franela con faja roja y *chechia*, á los cuales suministró la administración el capuchón de los zuavos á su llegada á Francia.

Nuestros establecimientos de Pondichery y de Chandernagor están bajo la protección de una compañía de estos cipayos, que forman su policía y como una especie de guardia nacional. La compañía está en Pondichery con una sección en Chandernagor y escuadras en Karikal y en Mahé.

Cincuenta solicitudes de enganche lo menos hay siempre para cada vacante de cipayo. Su haber es bastante regular, y el retiro, después de quince años de un servicio tranquilo y sin peligro, es más ventajoso aun que el sueldo de actividad.

Pertenecen á todas las religiones, habiendo entre ellos, católicos, mahometanos, indios, etc. La compañía está al mando de un capitán de infantería de marina destacado, y los cuadros son europeos. Los diez cipayos que hay en París vinieron á las órdenes de un teniente indígena, llamado Duresamy-Roman. Es un cuerpo de tropa poco interesan-



Cipayo y sakalavo

te, que pudiera reemplazarse con ventaja y economía por una sección de infantería de marina.

Acabamos de pasar revista rápidamente á los diferentes cuerpos de tropa, cuyos destacamentos han enviado las colonias á París durante la Exposición.

Hay entre ellos soldados pertenecientes á diversas razas, desde la negra de Cafrería hasta la anamita de piel amarillenta.

Desde la conquista de Argelia, los primeros auxiliares indígenas que se unieron á nuestras tropas, ora en *goum* irregular, ora en cuerpo organizado, nos hicieron comprender cuán útil nos era su concurso. Muy vigorosos de suyo, conocedores del país en que estaban en campaña y los hábitos y ardides de un enemigo, que era, por decirlo así, de los suyos, más aguerridos que los soldados que llegaban directamente de Francia, hechos á la fatiga y al clima, estos indígenas nos prestaron y siguen prestándonos importantes servicios.

Durante las guerras de Europa, en 1870, principalmente, los indígenas no economizaron su sangre: los alemanes aprendieron á conocer á nuestros turcos en Wisemburgo;



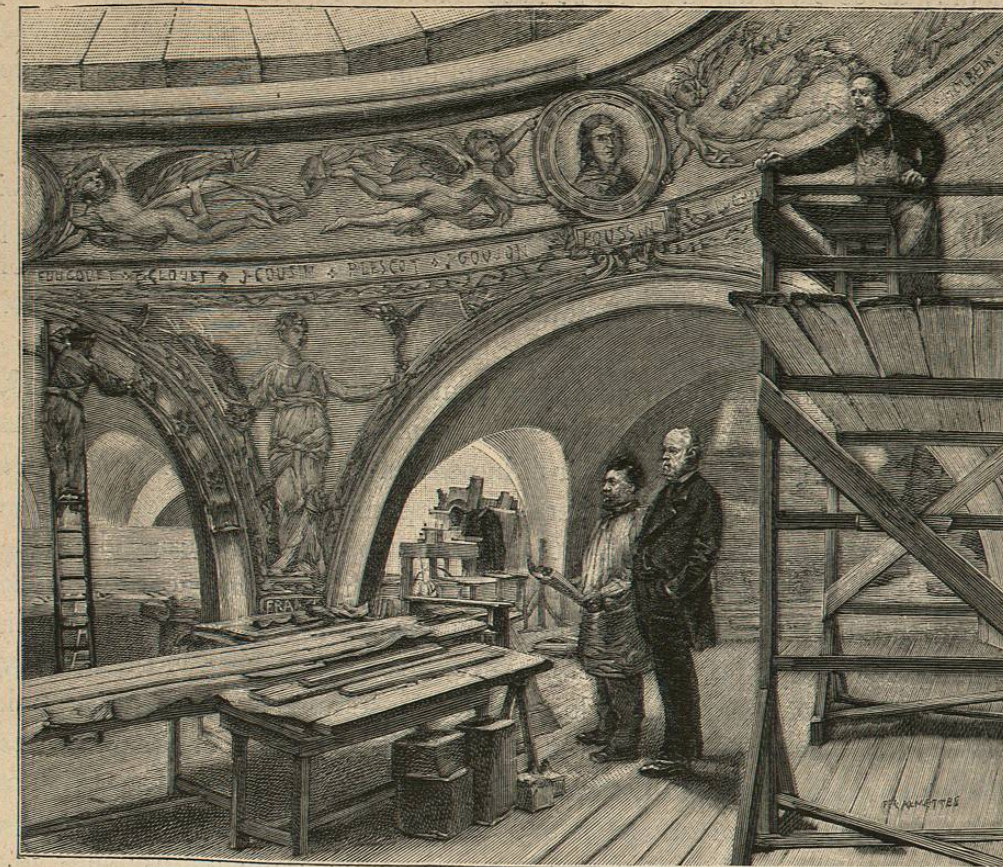
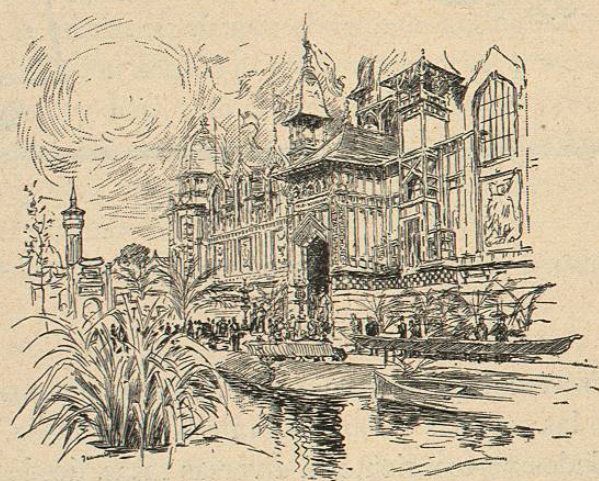
pero ya en Crimea y en Italia nos habían dado prendas sangrientas de una abnegación inalterable y de noble fidelidad á nuestra bandera.

En presencia de los resultados obtenidos hemos regimentado en cada una de nuestras colonias nuevos auxiliares indígenas, que una vez instruidos y sujetos á disciplina, nos prestarán tantos y tan buenos servicios como nuestras tropas árabes.

El fin que nos proponemos con la creación de estas nuevas tropas es ante todo la economía de sangre francesa, de que debemos mostrarnos siempre avaros, y también una economía de dinero bastante considerable y una garantía de solidez de la influencia francesa en nuestras colonias.

A los parisienses les toca festejarlos; á ellos les cumple probarles que no podemos olvidar que, agrupados bajo la misma bandera, al lado de los nuestros, defienden en climas mortíferos y en guerras de exterminio, y á costa de su sangre, la grandeza y prosperidad de la patria francesa.

C. des PERRIERES.



Cúpula de la escalera de honor, en el Museo del Louvre

## EL MOSAICO

No sé en cuál de estos últimos años se terminó y entregó al juicio público la gran obra de mosaico que decora el medio punto del ábside del Panteón; lo que recuerdo bien es que fué para los hombres de gusto y los amantes del arte ocasión manifiesta de una desilusión singular.

La obra tenía la novedad de un ensayo. Acababa de crearse en Francia una Escuela de mosaico bajo la dirección de maestros traídos por el gobierno del célebre estudio del Vaticano, y este decorado de ábside era, sino el primer trabajo, á lo menos, el más propio, por sus vastas dimensiones, sus dificultades técnicas y su audacia de estilo, para ostentar el mérito de la nueva Escuela. Pues bien, el efecto fué deplorable, y consigno para memoria la opinión que quedó consagrada entre nosotros á consecuencia de semejante ensayo: «El mosaico es un arte de salvajes.»

Ahora bien, recientemente, para comprobar mi primera impresión, he ido á ver de nuevo la obra tan criticada, y la he encontrado trasformada, con proporciones más adecuadas y una apariencia casi suave. Había entrado en la armonía del monumento: yo explico así este cambio:

En el tiempo en que el Panteón tenía aun un destino religioso, el ábside y su decorado de mosaico estaban medio ocultos por un altar endeble, establecido como los accesorios de teatro, con falsas molduras y relieves simulados; una especie de modelo provisional, dejado allí por olvido ó bien por necesidad de economías. No se podía ver el mo-